

Hoy nos hemos concentrado aquí, de la misma manera que está ocurriendo en otras ciudades, en homenaje a un amigo, a nuestro compañero: Jesús Deiros Rodríguez.

Jesús falleció hace exactamente un mes en un accidente laboral causado por el golpe de una vaca.

Nuestro compañero era veterinario, como muchos de los que estamos hoy aquí, y nos reunimos para recordar su nombre y para rememorar su vida, una vida, que ha sido desgraciadamente trunca.

Hace unos días, un colega de profesión escribía: "a Jesús se le ha detenido bruscamente el tiempo y no sabemos si podría haber sido o no de otra forma, pero nos negamos a que esto sea una historia más, de esta gran trituradora de historias que es nuestra vida. A Jesús se le paró la vida bruscamente, y la profesión veterinaria debería pararse con él, al menos, para reflexionar sobre el peso de nuestro trabajo en la sociedad y lo importante que es poder realizar las distintas tareas a las que nos dedicamos, de manera rigurosa, seria pero, sobre todo, segura; porque para poder realizar un trabajo de calidad es fundamental sentirse seguro en su desempeño".

El pasado 28 de mayo, se le apagó la luz a un hijo, a un hermano, a un padre, a un marido, a un amigo y a un compañero.

Para Jesús su mayor tesoro era su familia, a la que veneraba, de la que hablaba con orgullo, ilusión y devoción. Su mujer, Leticia y sus dos hijas Uxía y Sabela, eran su mundo, eran su todo. También lo era su madre, a la que cuidaba con celo y esmero.

Sus compañeros y amigos lo definen como una persona paciente, prudente, sensata, cercana, noble, respetuosa, tranquila, siempre dispuesto a ayudar ante cualquier adversidad que se le pudiera presentar a alguno de ellos; todos los halagos se quedan cortos para definirle.

Estamos recordando a un gran profesional, con 14 años de experiencia en campañas de Saneamiento Ganadero, leyó la tesis doctoral en el año 2011 y compaginaba su continua formación, con su trabajo en la Clínica Veterinaria de Pequeños Animales que compartía con su esposa.

Por todo ello, él, más que nadie, sabía de la importancia de hacer bien su trabajo, de la calidad que se le exige a los profesionales de los que depende la Salud Pública.

También conocía los riesgos que dicha profesión implica, las condiciones de trabajo, el gran esfuerzo por parte del veterinario para ser capaz de realizar correctamente las tareas asignadas. Y aún, tomando todas las precauciones que tenía a su alcance, la fatalidad quiso que ese día, fuera sin compañero a trabajar; la fatalidad quiso que ese día una vaca, le propinara un golpe mortal; la fatalidad quiso que ese día no fuera atendido con la celeridad que sus lesiones requerían; la fatalidad quiso que ese día la parca pensara que era buena idea llevarse la vida de Jesús.

Ojalá su muerte no sea en vano y sirva para concienciar y visibilizar la indispensable labor del colectivo veterinario.

Recordarte es fácil Jesús, tu recuerdo siempre nos hará sonreír.

